

# ARDOR

Revista de Córdoba

Primavera

1936

# ARDOR

Revista de Córdoba

Publicará cuatro números anuales

Ejemplar suelto, 1'50 ptas.

Administración: Uceda, 3. Córdoba

Editores:

Augusto Moya de Mena, R. Olivares Figueroa,  
Antonio Ortiz Villatoro, Juan Bernier, Juan Ugart

Imp. de la Librería Luque.-Córdoba

## Y alerta

Tesoro de mi conciencia,  
¿dónde estás, cómo encontrarte?

Destellos, vetas, olores  
tu mina por todas partes.

Cada mañana, el anuncio  
defraudado del ¡quién sabe!

Cada noche, el ¡si será  
mi sueño el hondo diamante!

Pero el secreto aquí siempre  
¡y alerta! sin revelarse.

**J. R. J.**

(1923, inéd.)

¡ alba!

Tercero a mi conciencia,  
¿cómo resisto, cómo encuentro?

De los otros, otros, otros  
en mis particulares partes.

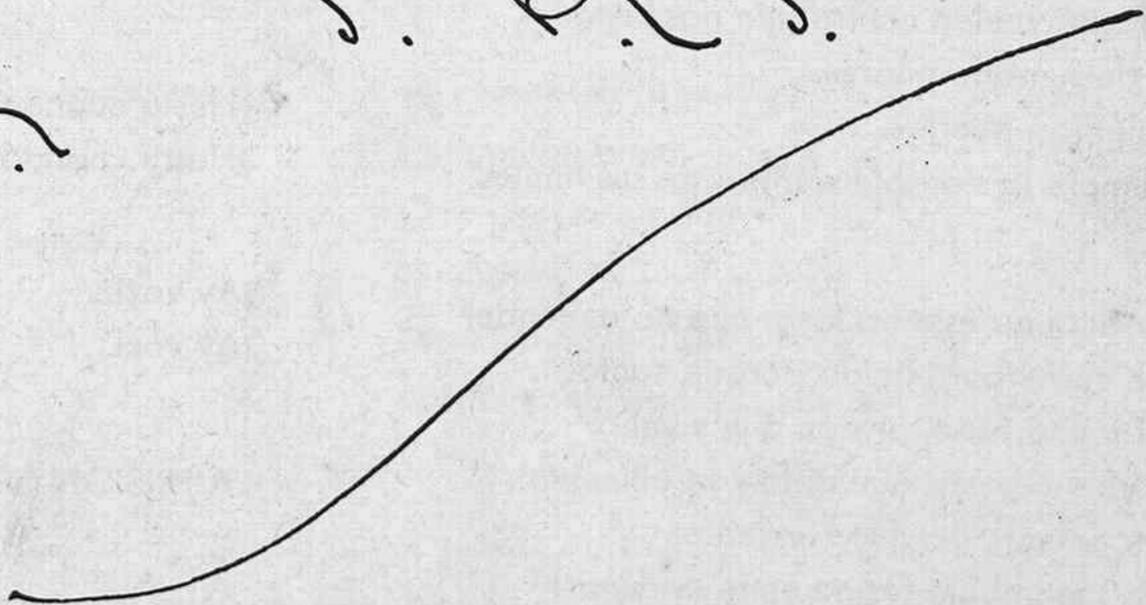
Con mueras, el anuncio  
reflexivo se ¡quiero saber!

Con unido, el ¡si se  
ni uno el ~~horizonte~~ diamante!

Por el mundo aquí siempre  
¡alba! sin cesar.

¡. P. ¡.

(1923, ino)



## La voz cautiva

Esta voz pesadumbre,  
coagulación interna,  
goterón errabundo golpe a golpe  
donde un mar sin arena  
impetuosamente irrumpe contra flores más  
contra cielos profundos (altas,  
donde los párpados se hundan amontona-  
(dos como estiércol,  
incinerante llama redonda que no sube,  
se ahoga,  
se agiganta palpitando su espectro  
contra muros de yesos interiores.

Esta voz pesadumbre,  
cuajarón o desierto,  
piedra o lodo que en pena se atesora  
por soledades hondas sin salida,  
en sus prisiones cóncavas errante  
huéspedes invocando vive.

¿Adónde van sus golpes?  
¡Qué curvas se levantan!  
Ráfagas vuelan contra internos bosques.  
Se derrumban pilares.  
Quiebran puertas.  
¡Siempre la horrible sombra de sus límites!

¡Ay altísima estatua torre que no defiende!  
¡Oh carne perseguida porque canta!  
¡Prisión, prisión, prisión que vive!  
¡Piedra o sueño que grita y se alimenta!  
¡Oh potente desvelo revelante!  
¡Oh sonámbula forma entre cadenas!

¡Tremante voz de fuego entre murallas!  
¡Oh verdad penitente!  
¿Quién te escucha?

Esta voz pesadumbre no conocen.  
Esta voz pesadumbre nadie sabe.  
¿Contra quién esos golpes  
si son paredes sordas sus gemidos?

¡Ay vacilante sombra!  
¡Oh voz clamante!  
¡Oh viento doloroso en la condena!  
¿Contra quién ese empuje que aún te anima?  
Mírate.  
Nadie escucha.  
Fuera suenan descargas.

¡Oh voz pujante, ten tus ímpetus!

¡Qué pesadumbre voz contra el silencio!  
¡Qué restallar de sangre contra duros ba-  
rrotes!

¿Hasta cuándo?  
¿Hasta cuándo este acento?

¡Ay voz!...  
¡Ay voz!...

FECUNDA MUERTE:  
LA PRISIÓN ES EL MUNDO.

Emilio Prados

## Ritmo de esperanza

### Yo veré...

Yo veré mis respuestas  
Más allá de los aires.  
Yo veré lo que eres,  
Humo de tantas noches,  
Consolidarse en tiempo  
Sin claridad de presagios.

El día,  
Dormido dentro de mi cuerpo,  
volverá a ser lo que era  
Antes de yo nacer:  
Prisionero ajustado de lo eterno  
Salvado de las horas rechazadas.

Entonces, yo veré,  
—En mis ojos clavadas las preguntas—  
La integridad del mundo,  
Justamente,  
Donde la Nada piensa en su existencia.

### Yo espero...

Espero ver un día,  
Ese cielo agitado,  
Lleno de sombras muertas  
Con labios de infinito.

Espero ver el mar, con su sonrisa,  
Lleno de verdes sueños,  
Velando mi memoria en los espejos  
De un azul no nacido en mi conciencia.

Quizá la lluvia ahogue,  
Todo el silencio blanco  
De un pesar que me abrasa  
Y finge mi desastre.

Yo no espero la muerte,  
Ahora con la tuya,  
Porque tú  
Madurastes lentamente  
Antes de ser la voz amarga de mis dudas.

Yo espero oír tu voz,  
Cuando mi alma,  
Llena de luz un día,  
Transparente,  
Sepa juntar la niebla descifrable,  
Con el amor de Dios y de mis sueños...

Manuel Díez Crespo

## Toro

Fragmento

Ya el toro entre cristales de colores,  
vitrina de su cándido albedrío,  
bebe campos en flor, sin flor ni río,  
donde esponjar sus jóvenes ardores.

Rompe un cielo cerrado de mantones,  
que peina su honda playa de marisma;  
alza un errante sueño de pitones  
y en un oscuro diapasón se abisma

—media luna de rebeldía, de muerte—  
aunque un clavel de oro lo abanique  
y la tarde redonda, en gloria y suerte  
clavada, su optimismo le predique.

Por túneles de azul—¡oh tren en vilo!—  
estaciones geométricas apura  
sin cesar—fina aguja, negro hilo—,  
con nuevo ardor en cada singladura.

Más que su propio impulso o el deseo  
de quien tirano va de su camino,  
alas celestes dánle fuerza y tino...  
¡Oh tren que corre en agrio forcejeo!

.....

Praderas ante él, praderas frías,  
esculpidas en burla de dominio.  
Ya para, duda. Ya sus correrías  
las rige un débil aire de aluminio.

P. Pérez Clotet

1931

## Sin salida

Donde las tardes caen  
a plomo de memoria  
he tendido las manos  
—para salir, tendidas—.  
(Y este suelo me llama  
con gérmenes oscuros.  
Y sella con sus voces  
la planta de mis pies.)

Salir a espacios blancos  
de letras sin medida  
—a los claros de sombra  
implícitos de entrañas—,  
a encrucijadas tensas  
con signo más de cruces...  
(Y este suelo me llama.  
Y este suelo me lleva.)

Salir, tendido—tenso—,  
ya dispar, disparado  
de gravedad y estatuas  
que se mueren de sueño.  
(Y este suelo me llama,  
por su peso, caído.)

Pero esfuerzos de estrellas  
me sacarán del paso.

Rafael Laffón

## Desnudo

A Enrique Moreno

Por tus hombros  
resbala el amor  
como una lágrima  
o pasión en pureza  
que por ti cae  
con delicado brillo.

Parada mi fuerza  
en tu belleza  
que desata los brazos;  
mis manos  
moldean tu forma  
que es nube  
o rumor de un cielo  
cercano y descendido.

En mis miembros cruentos  
acecha el impulso  
que herido es de esas curvas  
por la lluvia suave modeladas,  
cuando dejando sin dejar  
va siendo el cuerpo  
claro de abierto cielo  
de luces impalpables  
que rozan tus pies, tus hombros,  
tus esquinas,  
que alumbran tu forma  
de ardor blanco,  
encendido.

## La arena la muerte

¿Con qué amor? Arena,  
que así invades.  
Sentado sobre ti, inadvertido  
y amas ya, suave entre las uñas.

Goloso el tacto, con un sueño abatido,  
tactea en la arena su seda cristalina  
esa sedienta irrespirable que sube buscando  
secar un cuerpo, una sangre.

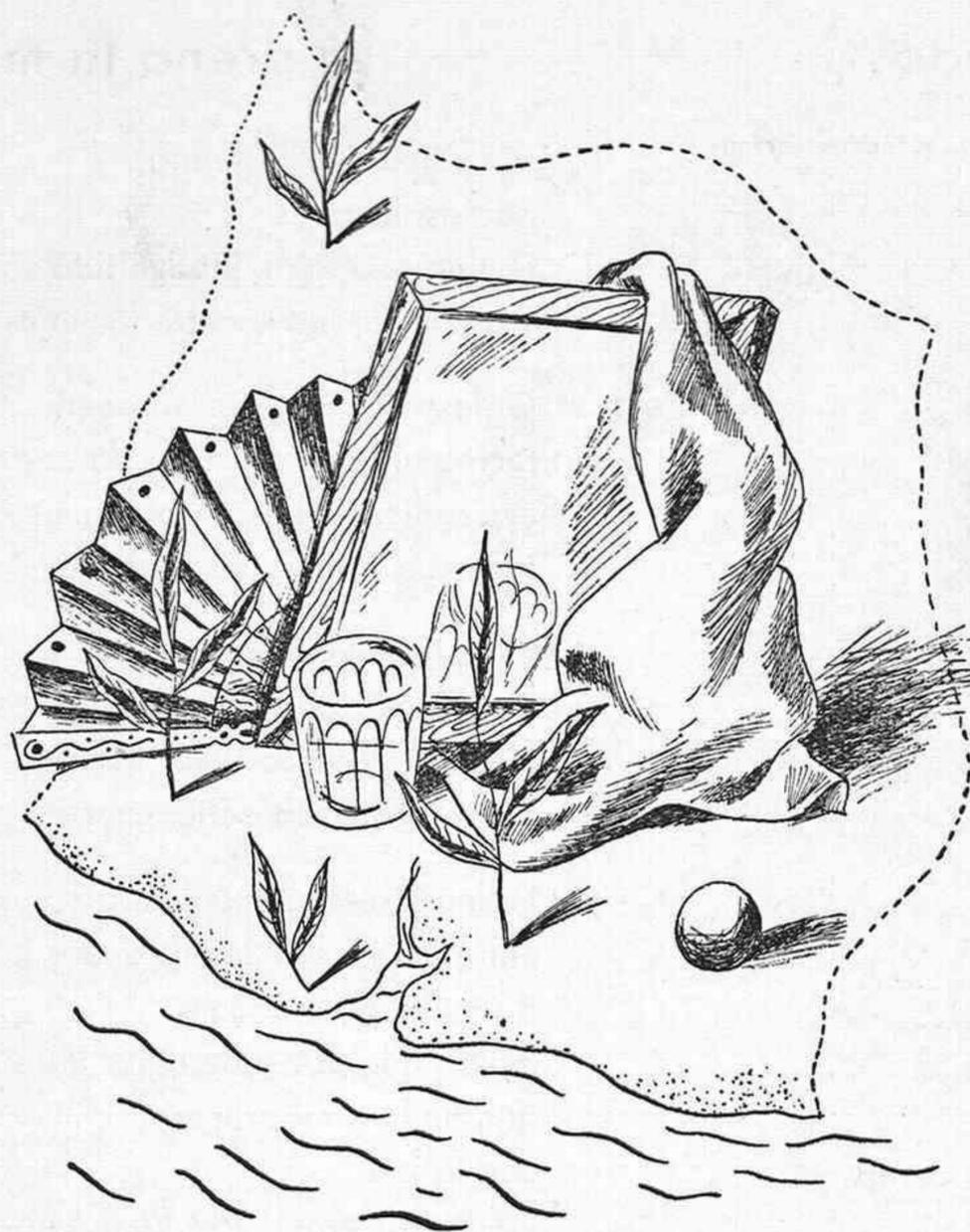
El vestido, el calzado  
van siendo borrados en su forma;  
crece, florece por ellos la arena  
con el recuerdo de la muerte.

La muerte, la arena ahora con sol  
entre las yemas de mis dedos juega,  
disimula que me ama,  
oculta que pretende dejar libre la luz  
que hay en mi primero,  
con la Luz,  
y enterrar en el movedizo seno  
el otro yo: el cuerpo,  
cuya sombra en la arena rastrea.

Reptando así tu amor, arena,  
que así invades  
hasta cubrirme si pudieras  
con sincero amor a muerte,  
—escondido ahora— hasta que ames  
acunada en mis mejillas,  
caída grano a grano por los huecos del cuerpo.

Caer, caer, acariciar el sol que lleves  
entre los huesos de mi mano espero.

Juan Ugart



Jnicaballero

## Sereno llanto

*Une seule vision variée à l'infini.*

Paul Eluard

La lágrima pidió al poeta más de una vez la guitarra para ocultarse. La lágrima, serena, plena, tensa, con el ardor que exige urgente paso a través de las cosas, tiene un destino, y no caerá jamás sobre ninguna mano. La lágrima deja en el cuerpo atormentado del poeta su fervoroso camino y siembra sus huellas para que en la poesía se busquen las heridas, para ver en la espuma la exacta intención de la ola. La lágrima del rostro quieto, naturalmente triste, espera la caricia de unas manos, de las manos frías del mismo poeta, siendo lo que más en soledad dentro de su poesía se encuentra. Vibrando en el lejano círculo indolente de Luis Cernuda, desesperado al no espe-

rar sentir en su llanto la frescura de la flor que poder besar. Sin hacer sorpresa sus desgarradores lamentos, entre los que se marcha el llanto a la «forma perdida» de la tierra.

Tranquilamente reclinado, no «Donde habite el olvido»; no donde Luis Cernuda quisiera que el hombre dejara al cuerpo que designa en brazos de los siglos, sino en las playas sin calma y sin anhelo de una indolencia que quiere desesperarse y no puede, va densificando el poeta de «Perfil del aire», su máximo deseo, el tono débil con que se expresa su patente anhelar, y más que su tris-tísima pereza para seguir con su mirada la esperanza de un pájaro o la frescura de una hoja siem-pre en su mismo sitio, la huella auténtica, vívida por el último calor de ala que llevan los recuerdos.

Como este cuaderno que ahora edita Luis Cernuda (1), toda la poesía de este poeta no nos con-ducirá jamás, como tantas, a una nueva aurora por el hombre ansiada. En ella—lo hemos apunta-do recientemente en algún lado—el tono es la mirada blanca que llega a lo lejano tendida con pu-reza en la vida del cuerpo más perfecto. En ella, Luis Cernuda, «sintiendo todavía los pulsos de su afán», es el más enamorado, que gime reciamente sobre el peso del recordado deseo. En ella el amor no ha muerto, ni el poeta tampoco, pero sí la alegría, que en triste forma, de vuelta de la dicha asegura que

Sólo vive quien mira  
siempre ante sí los ojos de su aurora.

En ella el poeta nos brinda su virtud mayor al comprender que amor, entusiasmo, o más que desesperación, tristeza que en momentos debía desesperarse, son fuentes que presentes han de ha-cerse. No incurriendo Luis Cernuda en sus últimos poemas, que a un pasado sepultan en el olvido, en el defecto de añorar el esplendor de «la melancólica burbuja que el poeta es», en el defecto de mostrar una tristeza prendida, sino que intenta y logra su ámbito poético admirable al poder, sin convertirse, admirar su tristeza.

Es sin duda este libro culminación de una de las rutas poéticas más interesantes de nuestro tiem-po, porque en él el poeta no se encuentra en la tristeza tirado. En «Donde habite el olvido» el cuerpo llega a conquistar la tierra. Dejadme, dice el poeta,

dejadme abarcar ver unos instantes  
este mundo divino que ahora es mío,  
mío como lo soy yo mismo,  
como lo fueron otros cuerpos que estrecharon mis brazos  
como la arena que al besarla los labios  
finge otros labios dúctiles al deseo  
hasta que el viento lleva sus mentirosos átomos.

Luis Cernuda, no en virtud de un abandono triste, sino en virtud de haber encontrado suave remanso donde esperar, clara tristeza desde donde recordar un olvido, logra que el ámbito de su poesía no se le imponga en su indolencia extensa, sino que con sus serenos lamentos hondos, poco a poco se construya él mismo ese ámbito; esa mayor lágrima desde la que Luis Cernuda puede comenzar un poema recordando alegre «yo fuí», y terminarlo, sin querer terminarlo, delimitando su mundo en el que no se espera un dios, asegurando simplemente «he sido».

Son varios los poemas de este libro que salen muchas veces en la voz del poeta fuera de la

(1) «Donde habite el olvido». Luis Cernuda.-Signo.-Madrid.

lágrima, fuera del llanto sereno, para buscar nuevas cosas un día, que sin sacarlo de sí lo ajusten en un mundo a la tranquilidad de su presencia. Son varios los poemas que hacen mucho más auténtica, y no inconsciente y cómoda, la posición de Luis Cernuda, porque no son pocos en los que el desesperanzado poeta construye sus poemas inversamente a como los construiría un poeta mayor en la tierra seguramente crecido. Uno de ellos, el que comienza

Esperé un dios en mis días  
para crear mi vida a su imagen

termina, asegurando

He amado ya no amo más  
He reído tampoco río.

El que hemos anotado prelude con un «yo fuí», para concluir exclamando tristemente: «he sido». Otro apunta

Sintiendo todavía los pulsos de ese afán  
yo el más enamorado  
en las orillas del amor  
sin que una luz me vea  
definitivamente muerto o vivo  
contemplo sus olas y quiero anegarme  
deseando perdidamente  
descender como los ángeles aquellos por la escala de espuma  
hasta el fondo del mismo amor que ningún hombre ha visto.

Y aun en otro el poeta sale a ver que

El mar es un olvido  
una canción un labio  
el mar es un amante  
fiel respuesta al deseo.

Luis Cernuda, por aun dentro de su infinita tristeza haber pretendido vivificar en el recuerdo muchas cosas en su libro, por encontrarse en este cuaderno poético más hincado en su dolor profundo, si tristemente ansioso de llamar a las cosas para hacerles presente su pesar sincero, exige de nosotros en estos poemas la rectificación de ciertas primeras palabras, pues el «tono rubio de su poesía» de que un día hablamos desaparece por una mayor fuerza. Desaparece al mostrarnos muchos poemas que en su origen, en su alba, brindan la frescura que los otorgaría un poeta crecido por la vida, aunque siempre en el final de sus versos—y creemos puede verse en los transcritos—la desolada tristeza aparezca, como corresponde a un neto poeta desolado.

Luis Cernuda, sin embargo, y a pesar de saber al final de su libro que es la tierra la que todo lo dicta, por ser neto poeta, sintiendo bajo su tristeza la más auténtica vida, pretende con gran esfuerzo elevar sus brazos. Estos poemas por ello son tristes pero vuelan. Estos poemas por ello son desesperación que en sus lamentos—como algún día dijimos—no pueden sorprender, pero ascen-

diendo en la justa expresión del poeta, brindan su gravedad al caer con auténtico ímpetu sobre la tierra descubierta.

La tristeza en Luis Cernuda, la en Luis Cernupa desesperación sin manos, el profundo dolor que le hace asegurar que «perder placer es triste», no es algo que se desarrolle exactamente pero a ras del suelo. En «Donde habite el olvido» se ha pensado que la posición vital que origina los versos es causa en un poema de un ámbito que tiene forzosamente que ampliar en su espacio esa causa. En «Donde habite el olvido» se ha logrado—y de otro modo al comenzar lo apuntábamos—que el cuerpo de la verdad, que la neta y profunda congoja de Luis Cernuda se sepa por cómo repercute en el ámbito poético que el poeta no puede lograr con sólo plantear su afligido instante o instantes. Pues en el último libro del poeta Luis Cernuda, la poesía sin justificarse, sin tener por qué justificarse, acude como la mejor poesía a la implícita justificación que han ido tejiendo los vuelos más vivos del poeta, y que se concreta quizá en cómo a Luis Cernuda le vuelve su verdad.

En su serena playa triste, el autor de «La invitación a la poesía», con su quebrada congoja, planteando en su tristeza ese pleno «no sabes no sabes», consciente de que

las alas  
antes candor erguido  
a la espalda pesaban sordamente,

deja cuando por ella se entretiene el agua,

Donde habite el olvido  
Donde yo sólo sea  
memoria de una piedra.

En su serena playa triste ve Cernuda cómo las aguas lentas se sumergen tranquilas en el vasto misterio. No espera que esas aguas que portan la primera intuición de su deseo, cuando en lo más profundo se suenen verdaderas, vuelan. No espera que las olas, el apercebimiento resultando de la mayor tristeza, se refresquen en las crestas de las espumas. Pero aunque no anhela la vuelta de su verdad depositada con el cestillo de sus manos en el agua, a su lágrima tersa en la que sin movimientos propios se desenvuelve, a su mundo de congoja asfixiado no tarda en llegar con las olillas frescas un intuído «dios póstumo», y aquella verdad profunda, pero sola verdad, ha logrado que sobre sus «espaldas oscuras» las olas vayan gozando, hasta dárnosla no columna, sino columna tan quieta y tan segura, que nos invita a adivinar su nueva entrada suave de plumas y de alas, cuando no en la alegría pero sí en el contento de Luis Cernuda, el agua salta y no salta en sus manos, afirmando:

Donde habite el olvido  
«en los vastos jardines sin aurora»  
donde yo sólo sea  
memoria de una piedra «sepultada entre ortigas»

¿El vuelo de Luis Cernuda diluyó la verdad? ¿Colocar sencillamente su seguridad poética sobre lo que un superficial podría creer auxiliar, muestra en el resultado la verdad con triviales aditamentos? Luis Cernuda—podemos alegremente contestar, al subrayar con alegría la importante calidad de este libro poético que destacado poeta lo señala—logró que su ámbito, el ámbito por él

logrado, complementara una verdad, para que esa verdad no se nos diera sino como la flor, por su perfume. En poesía no son pocos los que piensan que plantear una autenticidad es suficiente. Y no irían descaminados si frente a poéticas como la de Cernuda comprendieran la poesía como autenticidad lograda por una voz, que el grado de autenticidad que el poeta posee, diferencia. Si frente a la mejor poesía observaran la verdad que luce, preterida por la verdad que suena. Y el énfasis que brota al contar la sola verdad *al aire*, relegado por el exacto tono que florece, cuando al decir la verdad a *un aire*, podemos—valiéndonos de palabras de Luis Cernuda—ver en su aire la gravedad del alma de un poeta por exacto perfil.

No podemos cubrirnos con los ámbitos de los poetas, con los diferentes ámbitos de las poesías personales. No podemos recibir las palabras que se plantean a nuestro lado si en otros límites, como llovidas del cielo. Cernuda lo sabe, y al construir su ámbito, acaba de asegurarle a su arcángel:

«estás conmigo como están mis ojos en el mundo».

Acaba de asegurar su calidad interesantísima, su personalidad profunda de poeta, al estar convencido de que la poesía, como una suave mirada, es lo que puede a través de los tiempos mantenerse, siendo tangente a los diferentes ámbitos poéticos resistentes, perfectos sin aboyaduras. Lo que por tanto debemos buscar, sonando en los ámbitos perfectos, como música verdadera que no tuviese motivación. Intentando venerar esa lágrima que espera la caricia de las manos, queriendo un calor transparente y verdadero en su origen y una reciedumbre y solidez en su contorno de piedra. Logrando que a través de los ámbitos perfectos no aparezcan nunca las llamas, sino que esas llamas, violando con su luz el secreto de los ámbitos, miren con tal fuerza a nuestras manos, para que su presencia adquiriera la solidez que acusan las más densas verdades según miran al cielo. Que el mejor elogio de la poética de Luis Cernuda se reduce a subrayar la perfección de su ámbito logrado, al que asomando la sorpresa de cualquier caricia se puede recoger hasta en la sangre,

sólo vive quien besa  
aquel cuerpo de ángel que el amor levantara.

Enrique Azcoaga

### ...De niebla y luz...

G. A. Bécquer

A través de los vidrios  
Me figuré tu sombra:  
Luz herida en la niebla,  
Desprovista de forma.

No sé en qué largo sueño  
De imágenes borrosas:  
Hecha carne invisible,  
Eternidad que flota.

¿Fina curva de fuego  
Que en el aire se ahorma?  
Signo azul de la nada  
Que al contacto se borra.

Juan Ruiz Peña

### Cancioncilla con demasiada timidez

En el fondo del río  
una isla dorada.  
¡Ay si yo no tuviera  
miedo al agua!

En el fondo del río  
la luna blanca.  
¡Ay si yo no tuviera  
miedo al agua!

Lago azul entre los juncos  
brillantes de tus pestañas  
¡Yo en tus ojos!...  
¡Ay si no  
le tuviera miedo al agua!

Federico Muelas

## Estrellario <sup>(1)</sup>

### *Luna en creciente*

Vas llenando la redoma  
del néctar de blancos dioses  
para pintar la alborada  
con el suspiro de un doble,  
de un doble del alma triste  
de un poeta que, sin norte,  
cierra la flor de mañana  
y de noche abre su noche,  
su noche perdida en aguas  
que con el día se esconden.

### *Luna en menguante*

Te vi, te vi por la tarde,  
luna en menguante desvaída,  
y te llevastes, un momento,  
mi alborozada alegría.  
¿Qué tienes, luna, qué tienes  
que cierras la flor del día  
y clavas tu puñalada  
a quien con ansia te mira?

### *Luna llena*

Carota, carota,  
pandero del cielo,  
suenas con la gracia  
ruda de mi dedo  
y en el estrellario  
dormido en ensueño  
se despiertan todas  
las estrellas. (Ecos  
de bailes pueriles.)  
Ellas y luceros  
bailan al son mágico  
de tu gran pandero.

### *Luna con anteojos*

Esconderos, esconderos,  
estrellas desperdigadas,  
que la luna, la maestra,  
se ha puesto sus verdes gafas.  
¡Esconderos, esconderos,  
que es una maestra mala!

Rogelio Buendía

(1) Del libro inédito de igual título.

## Soledad delgada

*Una soledad tan pura  
como el caer de la nieve.*

J. R. J.

Entre paredes voy  
altivo de silencios,  
lirio que entre dos aires  
mantuviera su cuerpo,  
nota de un arpa ruda  
dormida sobre el viento.  
Entre paredes voy.  
Alta nieve es mi cerco  
de indiferencia amarga;  
amplios círculos tengo  
de cipreses sin nombre,  
y en sus límites quiero  
forjar la arquitectura  
divina de mis sueños.  
Sueños que tengan manos  
de niñas, mudos besos  
no dados, miradas de mujer  
rematando sus cielos.

Mi soledad no tenga  
penetración, que quiero  
vivir en mis delgadas  
paredes de recuerdos.  
Que sólo tenga fuga  
mi cárcel al lucero.  
Que mi existencia sea  
de eterno prisionero;  
que fronteras de lirios  
le impidan a mi anhelo  
sus sueños de distancias.  
Así mis pensamientos,  
Amor, te irán forjando  
con ponientes y besos,  
con crepúsculo y alba,  
sonoro de jilgueros,  
aturdido de soles,  
declinado de vientos.  
Tú, Amor, en mis delgadas  
paredes de recuerdos,  
prisión que sólo tiene  
la fuga a los luceros.

Rafael Manzano

## Desnudo despojo

Olvidados paisajes  
contra el inmenso morro  
quietamente se alzan.  
Oscuros, silenciosos.

Una inmóvil corona  
con furia me levantan  
alamedas anónimas  
bajo las lentas aguas.

Maderos, cascos, mástiles  
están. Y hasta las voces  
su existencia confunden  
por navegantes bosques.

Y desatadas vidas  
ya devueltas al agua  
los desnudos despojos  
en su dolor se cansan.

Descienden, sí, descienden  
las solitarias calles.  
Mas, más hundidos aún  
los submarinos valles

tienden su arena inmóvil.  
Ignoradas edades  
laten en su deseo  
de contenidos ayes.

Dura profundidad  
sus tonos agotando;  
en escala de luces  
y sueños despoblados,

allí, bajo la muerte  
unos peces desiertos  
alguna vez acuestan  
junto al alga su cuerpo.

Penumbras condenadas  
allí se desvanecen  
y unas sombras temblando  
de su temor se vencen.

Y los eternos siglos  
en ondulados brazos  
sus muslos verticales  
ya me tienden lejanos.

Allí, porque las olas  
erosionando el pecho  
furiosas me desnudan  
deshabitados tiempos.

Gonzalo Sánchez Vázquez

## Esto es el comienzo

Hay que romper fuego,  
en filas de a todos,  
que esta torpe vida  
arrastra un proceso  
de sangre ignorada...  
de ausencia de nervio...

*¡Rompa sus tinieblas  
la noche que todos  
llevamos adentro  
y se haga de día  
en el Universo!*

Yo voy—como todos—  
arrastrando, a solas,  
este peso muerto  
de lastre de siglos  
injustos e inciertos.  
Yo voy, como todos,  
hacia un mundo nuevo.

*¡Rompa sus tinieblas  
la noche que todos  
llevamos adentro  
y se haga de día  
en el Universo!*

Concha Méndez

## Pasión del arte nuevo

Erase un hombre a una nariz pegado. Erase un ser visto con un dedo puesto a escasa distancia de nuestros ojos. Intentado ver así, el hombre ha desaparecido, oculto por nuestro dedo. Nuestro dedo puesto ante nuestros ojos, o su nariz, nos ha metido la nariz por los ojos. La nariz impide ver al hombre. Ha crecido tanto, que se ha tornado objeto sustantivo, dejando al hombre como un objeto no más, colgando de una nariz superlativa. Ese dedo que nosotros hemos puesto, para escamotearlo por juego, o la nariz descomunal que él mismo avanza; cualquiera de las dos cosas que le han hecho desaparecer simbolizan nuestra ironía, equivalen al hecho burlón de tomar—literariamente—a un hombre en función de su nariz para describirle.

Esta experiencia se puede hacer con todas las cosas. Todas las cosas tienen, si sabemos buscarlas, una nariz descomunal. El caricaturista le ve a todas las cosas esa nariz que Quevedo—el caricaturista en prosa y verso más genial que ha tenido España—vió en el hombre a su nariz pegado. El caricaturista se pone el dedo delante de los ojos, el dedo de la ironía, para ver desaparecer todas las cosas tras de ella. Y todas las cosas avanzan a los ojos del caricaturista la nariz de un rasgo peculiar. El planeta Tierra tiene, pues, su nariz y se puede hablar de este mundo a su nariz pegado.

La nariz del soneto quevediano, o el ojo bizcando, o la pata humana que parece el dibujo infantil de un rayo, o un rasgo psíquico—la pereza, la prodigalidad, la manía de mentir, la inocencia cándida, la miopía intelectual,—se adelantan para delatar a un hombre. Y hay quien lo oculta y hay quien a falta de un rasgo peculiar—por tener tan pobre personalidad—lo alquila, usando a toda hora el cigarro puro en los labios o la capa bohemia o la corbata blanca de lazo. Y, a las veces, debajo de esa capa que todo lo tapa, el poeta—lo esencial—ha sido escamoteado; y la poesía ha sido sólo el humo del poeta a la pipa pegado.

El arte satírico tenía y tiene la misión de coger al hombre por la nariz, como hizo Quevedo, o de coger al mundo por la nariz. De donde, el riesgo de la sátira. Porque también el hombre o el mundo cogidos por la nariz pueden revolverse contra el crítico.

Sin hacer propiamente sátira; sin crear exclusivamente literatura humorística, el arte que se llamó *deshumanizado* dejó de tomar en serio al mundo, cogió humorísticamente al mundo por la nariz. Pero no por intención satírica trascendental, sino por juego. (La sátira fué siempre ejercida por hombres de pasión. El humorismo es cosa de escritores sensitivos pero no apasionados. La ironía es apática, arte sin pasión.) La sátira perdió su peso de intención moral, peso que no le faltó en manos de ningún auténtico satírico.

De dos hechos creo yo que se puede deducir que se hiciera este arte de juego en un momento tan grave como el de la post-guerra. De que se hacía un arte inteligente. El arte llamado *deshumanizado*, era un arte inteligente, apático, a saber, irónico. Era aquel un momento crítico. Las épocas críticas, ha dicho Antonio Espina, lo son en los dos sentidos de la palabra. En la época de crisis de después de la Guerra se hizo eso: literatura crítica. El arte *deshumanizado*, arte racionalista, irónico, desapasionado, crítico.

Otro suceso originario informa el arte moderno—ya viejísimo—, el miedo. Conciencia del ries-

go. Conciencia de que la humanidad vivía un momento trágico. Después de 1918, la Guerra seguía. Y sigue. Pero la guerra ha engendrado una serie de hechos que han conmovido a todos, incluso a los fríos artistas sin pasión. Lo malo ha sido la encrucijada de 1918 a 1928, la década del arte deshumanizado, del arte sin pasión, inteligente y miedoso.

Miedoso y no pesimista. Juguetón y no satírico. Los pesimistas y satíricos auténticos florecieron en las crisis históricas agudas. Quevedo y Gracián están en la crisis española del siglo XVII. Nietzsche en la crisis alemana del XIX. De su pesimismo propio algunas épocas han sabido obtener una concepción utópica que equivalía a un diagnóstico de incurabilidad y a una petición de milagro a la capacidad extrema del hombre. La utopía es una sonrisa de piedad y de duda, de escepticismo optimista. La utopía, medicamento de última instancia. Críticas bárbaras, inhumanas, han precedido y engendrado la concepción utópica. Y cuando no se cree, hay que reír para que la congoja de una risa cruel, como la risa de Quevedo, mate el pavor que surge de las tinieblas, a las que se quiere poblar del eco de nuestra voz. Una guerra como la del catorce tenía que dejar una estela de pesimismo feroz. Cuando se queda sumido en un abismo tiene uno que contarse a sí mismo un cuento de miedo para no morir del susto. Las utopías han sido los cuentos de miedo que los hombres han tejido para sus almas acobardadas en los momentos trágicos. La lucidez del espanto frío, la llamada angustiosa a nuestras ocultas energías.

En los momentos de angustia surge un arte que ríe, un arte que finge despreocupación. Este arte deshumanizado de la post-guerra cogió al mundo por la nariz como el novillero que se agarra al clavo ardiendo del cuerno del toro para disimular la falta trágica del valor preciso para torearlo con arte.

El arte deshumanizado, al hacer el dibujo del último gesto de una civilización que moría, ha hecho una caricatura, porque la agonía nos caricaturiza y todo el ser que muere es un ser pegado a su nariz afilada de agonizante. Y se hace caricatura por horror a la propia tragedia. Sátira y pavor; he aquí la esencia del arte de la post-guerra.

Frente a este arte, a esta literatura desapasionada, ha surgido ya un arte nuevo con pasión humana. El primer soneto del Dante estaba dirigido a los poetas, a todos los poetas. Puesto que la poesía es hasta ahora el verdadero idioma universal. He aquí el concepto de la poesía como llamamiento del arte invocado para convocar a la humanidad como hermandad, el idioma común alzado como señal para poner orden y paz en la confusión babélica de los espíritus. He aquí el arte, expresión de la vida de todos los hombres.

El arte, que cuando quiera hacer caricatura se pondrá un dedo ante los ojos, el dedo de la ironía trascendental; pero no se tapará los ojos con las manos para no ver el gesto humano de dolor o de placer. Que cogerá las cosas por su nariz para zarandearlas satíricamente con intención moral y política, pero no para jugar con ellas con el escarnio cobarde de burlas ineficaces.

Se ha escrito mucho sobre la misión humana del arte. No se ha escrito bastante. El tema se renueva porque de vez en vez el arte se aleja del hombre, y de idioma universal se torna dialecto dentro de otro dialecto, jeroglífico. El arte es entonces, quiere ser fórmula mágica, cosa sagrada, y de arte humano se cambia en arte sobrehumano—arte *tabú*—cuando no inhumano o deshumanizado.

Este arte ha existido como hecho histórico—concretándonos al arte literario, recordemos que Giménez Caballero en una conferencia le llamó apático y antipático—y respecto a él la única po-

sición culta será la de estudiarle como tal fenómeno histórico, averiguar sus causas y efectos como las de una catástrofe geológica, una plaga, un mal social.

Es inútil ya dolerse de él. Creemos que esta racha ha pasado. Y creemos que se puede hablar ya hoy—1936—de la vida de casi media docena de años y de la pasión del arte nuevo.

Naturalmente, están sin estudiar detenidamente los fenómenos que acompañan a la aparición del arte nuevo; ni nos es posible definir aún qué cosa sea esta nueva modalidad, precisamente. Hay una generación posterior a las cuatro de que habla Guillén—la última de estas cuatro es la suya—, hay una quinta generación de la cual sabemos todavía poco. Suenan muchos nombres, pero cada uno porta una obra iniciada sólo todavía. Muchos son los llamados, como siempre. Quiénes serán los escogidos lo dirán los hombres que vengan detrás.

Dice Unamuno que los ateos están locamente enamorados de Dios. Yo creo que los artistas de la deshumanización estaban obsesionados por el tema «hombre», que se proponían eludir. Los hombres del arte nuevo—que es todavía una aurora—nos son ya conocidos porque dicen la verdad de su pasión.

José Luis Sánchez-Trincado

### Poema

Hombros arriba. En amor:  
te veo lejana; lejana,  
viento sentado, la imagen  
cuenca de sombra, tú y nada.  
Planos de cielo—galleta  
rubia—sorbían el agua  
que el río nadaba en volantes  
de fondo, pechos del alma.  
¡Si el humo a curvas besases,  
isla del aire en distancia  
con carne de boca honda:  
cristal en vilo hacia el ansia!

Adolfo García

### Ay, soledad, campanillita blanca...

Ay, soledad, campanillita blanca,  
qué bien repicas cuajada de rocío,  
cuando estoy sola, sola como un río  
que corre por los montes presuroso...  
cuando estoy sola, sola...  
¡Ay, soledad, campanillita blanca,  
cómo llenas el alma con tu gozo!

M.<sup>a</sup> Luisa Muñoz de Buendía

29 Dbre. 1935.

## Décimas rubias

Subí la luna temprano,  
blanca risa en caracol  
que hasta la escala del sol  
tendió la impaciente mano.

Era luz y era verano  
la noche desmelenada;  
turbó la paz acostada  
una risa y una queja  
en los hierros de una reja  
donde ella estaba asomada.

—Ven detrás de mi contento  
que hila el blando cascabel  
pétalos de azul y miel  
en las orejas del viento.

Ven a la luz del lamento,  
que no lamento, y sí risa;  
¡Huye la sombra deprisa  
pues detrás de tu mirada  
está una voz encantada  
de sombras que, andando, pisa.

¡Quisiera no conocer  
la luz de esa primavera  
para decirte que entera  
mi pasión murió al nacer!

Romero de tu querer  
saltó en la noche florida!  
¡Qué estrecha y corta es la vida  
cuando en tus lagos suspiro,  
o entre los juncos respiro  
la noche que está dormida!

Un escalón y otro más;  
y otro después y otro luego,  
del iris de tu despego  
nunca quitarme verás.

Viene la loma detrás  
con los ojos siempre abiertos,  
de tanto color cubiertos  
que el brillo blanco de plata  
las duras rejas desata  
de los caminos despiertos.

José Manuel Camacho Padilla

## Otoño

A Jorge Guillén

...Pero también el otoño.  
El otoño este del parque  
con fina lluvia perenne  
y verdor nuevo en los árboles.

Sí, el otoño, en que la tierra  
—jugosa esponja—, se abre  
en amplios poros al agua  
que, pulverizada, cae.

¡Qué agudo silbo del viento!  
(Entre las ramas, descuaje.)  
Soledad. Yo con la lluvia  
que aclara el alma y el aire.

El otoño. Soledad.  
Yo con las hojas del parque,  
regando al viento el camino  
con alfombras orientales.

El otoño, sí. Madurez  
primero.

Incierto avance  
de los árboles desnudos  
tras las nieves invernales.

Primavera.—Sol y azul;  
temblor de vida que nace—.  
Pero también el otoño.  
¡El otoño este del parque!

Luis F. Pérez Infante

## P o e m a

Andaba siempre delante de los bueyes, con la cara seria y la vara al hombro; andaba pausado y solemne, como un sacerdote de la gleba, y en sus largas caminatas: en las que iba por senderos y caminos, presidiendo la comitiva cansina y crujiente de los bueyes, llevaba sobre él un palio abombado, que le prestaba el cielo.

Y en su cara, modelada en tierra morena y rugosa, estaba la meditativa serenidad del que anduviera errante por la vida en pos de graneros y almiares, que le relevaban circunstancialmente de su deber de caminante eterno. Errante y director, vida y sueño de la carreta: cantora de trabajos serenos y fuertes, que cuando se paraba, con las manos, amenazando al cielo, tenía la serenidad de un puente, que sostuvieran pilares de carne.

Llevas muchos años andando, le habían dicho las grullas, con una masa borrosa, de la que inútilmente buscara el vértice. Era música de agua la que corría en el cielo, música de agua a la que el carretero, nudoso como un olivo, dió el tributo de dos lágrimas, que plañieron toda una vida de caminatas y deseos.

Y la noche, que arropaba el campo con su capa negra, apolillada de estrellas, le habló muy quedamente: Eres viejo.

Los bueyes le miraban con tristeza los últimos días que él estuvo con ellos; quizás preveían la separación al comprobar que los cordeles se paraban blandos en las cepas de sus cuernos.

Un día, en la ermita de su barrio, situado en las afueras de una ciudad callada y triste, una campana pequeña, como una paloma de bronce, emitió ayes metálicos... que fueron llanto vocinglero, por la muerte de aquel hombre que hollara caminos con la vara al hombro, delante de las dos moles, brillantes y vitales, que arrastraban una carreta cantora y solemne.

Aquellos obreros, diariamente sudorosos, se habían parado ante la casa blanca, estaban lavados y pulcros, enfundados en aquellos trajes que durmieran largos sueños en los fondos de los baúles y que siempre despertaban al conjuro de las palabras: entierro y boda.

En una caja blanca, sin pintura ni telas, iba rígido el hombre. Puntales de carne le sustentaban en el aire, y en los pies de sus amigos, los fertilizadores del suelo, dió su último paseo por encima de la madre, que da de comer a todos y a ninguno desprecia en la hora última.

La tierra estaba herida y los cipreces miraban atentos cómo sangraba un polvo rojo, que las palas iban poniendo junto a los bordes, aún frescos, que cicatrizarían en breve.

El y la tierra habían pensado mucho en aquel momento; madre e hijo se iban a encontrar en un instante de identificación eterna.

La tierra sentía no poder abrazarle sin obstáculos... ¡¡¡Aquella caja blanca!!!... Porque era suyo, tan suyo como las flores y los árboles.

Las palas hicieron su labor y unas piedras chocaron en las tablas no barnizadas, sobre las que estaba lloviendo tierra.

El ruido de aquellas piedras lo oyeron todos los cipreses, que lo guardaron arriba en sus puntas suaves, receptores de llantos, para soltarlo cuando trajeran a enterrar a otro hombre modelado en tierra oscura.

Y aquellos pararrayos de lloros le pidieron a su amigo el aire que les ayudara por un momento en su labor de reverenciar al nuevo huésped, aquel compañero, al que habían sembrado horizontal.

En el tinahón del cortijo, los dos bueyes, antiguos seguidores del hombre que fué, rumiaban las molidas habas, mientras en el patio sin tapias ni macetas, que es de era, una carreta sola hacía guardia.

Rígida, solemne, con las lanzas de sus varas apuntando al cielo.  
Al cielo, limpio de nubes.

Antonio Ortiz Villatoro

Córdoba, abril 1935.

## Corral

A Ramón Gómez de la Serna

—*¡Quiquiriquí, quiquiriquí...!*

(Los carpinteros de la Aurora  
sierran los tableros del día.)

—Cantad, cantad, porque ya el sol,  
con sus rojas tenazas, riza  
vuestros rizos de viva llama,  
en pentecostés de caricias.

—Vamos a lavarnos la cara  
en esa palangana amarilla.

—*¡Quiquiriquí ..!*

—Caballero,  
negras dueñas en vos se miran,  
cuando os envolvéis en el paño  
de vuestra capa guarnecida,  
y relucen  
los puñales en vuestras ligas.

*¡Quiquiriquí, quiquiriquí, quiquiriquí!*

### 2

¡Plaf, plaf! (Nubes de nieve rosa  
bombardean las escudillas...)  
Habla el gallo:  
«¡Pollos, picad, venid, gallinas...!»

—*¡Pío, pío!*

—¿También vosotros,  
raterillos...?

¡Corred de prisa,  
que viene hambriento el gorrión!

(El pavo y el pato deslizan  
sus sombras chinescas...)

*¡Cuc, cuc...!*

Bajad, bajad, vírgenes tímidas,  
de vuestras monásticas celdas,  
abandonad los celosías...

*Sch, sch, sch, sch, sch.....*

—¿Qué quiere la señora avispa,  
escorpión tatuado de abeja?

.....

¡Ah...! ¿Marchó...?

¡Muy señora mía!

### 3

*¡Clo, clo, clo...!*

—Salve, guardasellos  
del corral... Tus fiebres perfilan  
generaciones...

—*Pi, pi, pi...*

(Esas borlas recién nacidas  
piden pimienta...

Por la herida  
del lavadero, con los picos,  
roba arco-iris la cuadrilla.)

—*¡Clo, clo, clo,* no vayais muy lejos,  
que don Gato, en el muro, atisba...!

### 4

La esponja sueña—*¡Glu, glu, glu!*—  
en sus soledades, y grita.

De las salinas de caliche  
son salineras las gallinas.

En un cielo de estiércol, hunde  
sus ancas de oro el cerdo.

Imita

lagunas pálidas el pato,  
entre llamaradas de ortigas...

Los palomos lactantes, lloran  
con el ritmo de sus alitas.

Sobre la gloria del corral,  
borda un toldo la galondrina.

### 5

Para los pies de las raíces,  
los conejos queman boñiga.

Cae la tarde como un alud  
de hielo...

El asno se ejercita  
en meditaciones...

El perro  
muerde a la luna, que, en camisa,  
brujulea por los charquillos...

Vigilante, el mochuelo, grita  
a los murciélagos...

La noche  
zurce párpados de gallinas.

R. Olivares Figueroa

*Alba*

*a Angelito Azorin Poch*

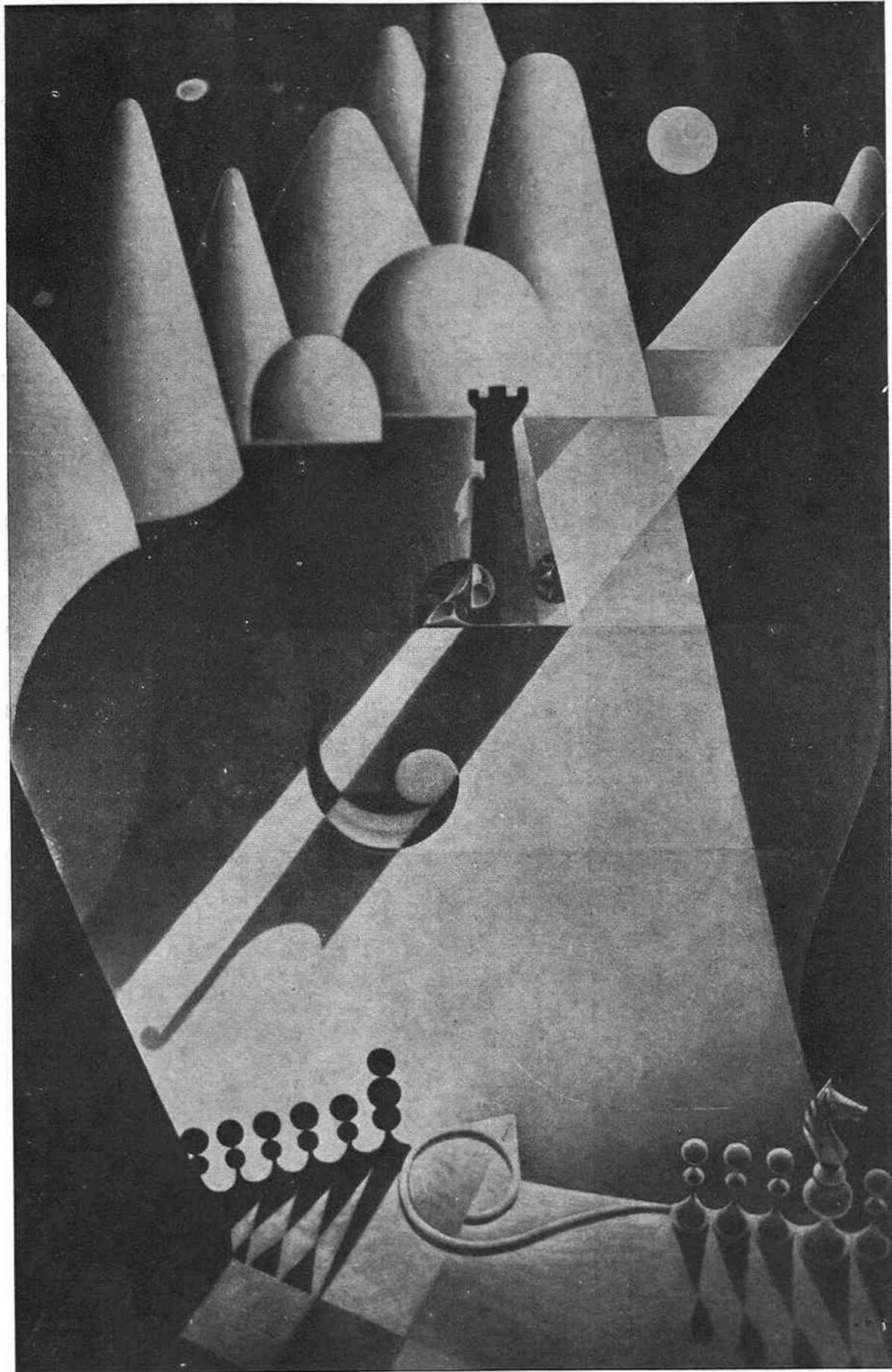
*Letra de R. Olivares Figueroa*

*Adagio*  
Voz

Piano

*Se- ño-ra a-ma - yo - la sal del a - ba -*  
*ligado*

*- bol la - va - te la ca - ra con a - gua de o.*



ÓLEO

Pablo Sebastián

-lor. pon-te tus ves-ti-dos de ro-jo que pon-jer-na tus ca-

afrect rit

-be-llos que ha sa-li-do el sol.

pp a tyo

Se-ño-ra a-ma-po-la sal del a-ba-bol.

p menos rall

Córdoba 8 de Febrero de 1936

J. Ferrero

## Paisaje

Caballitos todos blancos  
y bueyes todos canela,  
por la pradera triscaban  
libertades de aire puro  
y olores de yerbabuena.

El asno—antena erguida—  
la musicalia captaba  
al arroyo que se iba  
muriendo en reflejos malva.

Del eucaliptus caían  
medios lunas aromadas:  
alfombra para tu cuerpo  
de estética alambicada.

Cómo giraba el molino  
con los cuartos de naranja  
haciendo del viento harina,  
poniendo en las amapolas  
sus frases monosilábicas.

Tú, que eras hasta entonces,  
sólo idea, neta y clara,  
surgiste, no sé de dónde,  
plena de sabor adánica.

Y ya no hubo paz posible  
pues el silencio cobraba  
con mis besos y los tuyos  
alegría endemoniada.

Iván de Tarfe

## La madre

A Adolfo Pérez Mota y a su nena Carmen

¿Qué se hizo de la madre  
de don Quijote?  
El viento arrastró ya el polvo  
de su dolor y su nombre.  
El viento, que pasa y silba  
de día y noche,  
se la llevó más allá  
de su ráfaga de voces.

Era blanca y era bella  
y se murió joven,  
dejando en el día claro  
su mirar tranquilo y noble.  
Mas no busques su dolor,  
porque su dolor se esconde  
en las sagradas entrañas  
de que nació don Quijote.

¿Qué enfermedad la ha matado?  
¿Qué cáncer la roe?

Se alzó el viento de los llanos,  
el viento insomne.  
La fina arena volaba  
en el día, claro y noble.

Y la voz de nuestra madre  
perdida por los caminos,  
sin que la escuche nadie.

El agua al mar  
y la gente a la ciudad.

Eleazar Huertas

Albacete, diciembre, 35.

## NOTAS

**ARDOR.**—Mensaje de anhelo reconcentrado—ya en principio de carne—de más síes que broten por sí, sin más préstamo que el del fuego preciso para el tránsito desde su no ser. Pasión encendida de advenir lo permanente. Tentación de lumar antorcha para la inagotada nebulosa del silencio. Y en cántico leve, delgadamente estremecido, en beso de viento y flor. Siempre para nuevos vientos en cada minuto de la breve hora de nuestra flor. Sed insaciable de otros vientos en suma de atisbos de lo desconocido, con ansia de suma plena, de plenitud de ser. Por y para lo indecible puro, punzados por la llama de breves intervalos de cada nueva creación que, en total teoría—pluralidad de cadenas sucesivas cuandos hurtados descuidos a las celosas nieblas—, nos den la totalitaria presencia de su entrevisión. Y el temblor difícil de su designación auténtica para, por nuestra palabra, hacer otra vez posible—y para otros—el milagro de la intervisión esencial, espejada en la palabra—hecha añicos su letra con la presencia del espíritu—, sin más que porque sí, porque ella, la difícil insobornable en su perennidad, para dársenos quedando, así lo quiere.

Por eso, nuestro voto de impaciencia viajera de todas las latitudes y vencedora de ultraísmos, con ímpetu volador hacia las altitudes luminosas, o fondeador hasta la llama entrañada de lo más nuestro. Cólera salvadora de los límites específicos del plomo. (Para esto, como para el sólito bullicio, pregonero de su nada, preferible la sonoridad del silencio.) Por ahora, designio vibrante de raptos de velos—manto azul, verde prado, oro; malva..., mar o viento, sombra o luz, de dónde o cuándo, y aun por qué—, con pura conducta disparada a la aventura de lo inexplicable y aspiración de explicarlo más o menos puramente por este trance de **ARDOR.**—*Augusto Moya de Mena.*

**FASTUS CORDUBENSIS.**—Córdoba, la hermosa ciudad califal tan empada de Historia, celebra este año un fasto memorable y de extraordinario relieve. Pero no es la Córdoba árabe, ponderada por el gran historiador Almacarí como «capital y corte de España, metrópoli de sus ciudades y pueblos, residencia de los califas, palacio del reino, emporio de las ciencias, cuna de la ley y de la Iglesia musulmana; que es grande y fué edificada en los más remotos tiempos», sino la Córdoba cristiana, en el momento de su tránsito desde el dominio de la Media Luna al de la Cruz, al conquistarla Fernando III el Santo el 29 de junio de 1236. Cúmplese, pues, el VII Centenario del hecho esplendoroso. **Fastus cordubensis...** Fué San Fernando, el caudillo, según la «Primera Crónica General» y en el capítulo en que hace el «recontamiento de las sus noblezas», rey mesurado, cortés, de buen entendimiento, «muy sabidor» y bravo, temido de los moros y al mismo tiempo amado por su gran lealtad; «enxalzador de cristianismo, abaxador de paganismo, mucho omildoso contra Dios, mucho obrador de sus obras et muy husador dellas» y monarca de «todos fechos granados», como lo proclaman sus grandes empresas.

Y fué uno de los triunfadores acontecimientos de este insigne caudillo la conquista de la ciudad sulfana, hecho que enlaza a las provincias hermanas de Jaén y Córdoba, pues precisamente de tierras del antiguo Santo Reino jiennense partió el impulso conquistador, que realizaron los nuevos moradores de Ubeda—tomada por el santo monarca en 1234—. Los infanzones que figuraban en el reparto hecho por el rey, unidos a los habitantes de Andújar, tuvieron la audacia de acercarse secretamente a Córdoba, apoderándose de la axarquía o arrabal, en donde se mantuvieron firmes hasta recibir socorro, y ello fué la base de la conquista de la antigua capital del Califato en 1236.

Año memorable para la hermosa capital andaluza; Córdoba debe conmemorar la gloriosa efemérides de su conquista, ya siete veces secular. ¡**Fastus cordubensis!**—**MANUEL MOZAS MESA.**

**SPENGLER (1880-1936).**—Ha muerto Spengler. Con él la Filosofía de la Historia ha subido unos cuantos escalones. Porque Spengler es, ante todo, un filósofo de la Historia y error es pretender que, como Platón o Tomás de Aquino o Kant mismo, hubiese de crear un sistema total de Filosofía. Es un cultivador del mismo género que esboza San Agustín y que desarrollan posteriormente Vico, Bossuet y el mismo Hegel. Sólo que éstos, o fundan un sistema, un apoyo para su concepción de la Historia, como el filósofo del idealismo, o lo encuentran ya formado, como los tres primeros, en su propia doctrina religiosa.

Nietzscheano sobre todo, es un malabarista que ha trasplantado el concepto individual del «Uebermensch» al concepto colectivo fascista de super-nación o racista de super-raza. Con el tono sibilino-profético y captador de su maestro, ha querido convencer al mundo de una cosa de la que él mismo habría de dudar con posterioridad. La decadencia de Occidente sólo puede ser real en lo referente a los valores vitales de instinto luchador, de capacidad de dominación del alma primitiva siempre desafiante. No en cuanto a los valores más finos de la cultura espiritual. Pero aún así, ¿no es sintomático que el mismo Spengler, refiriéndose a los primeros valores, a los valores vitales, los reivindicque para lo que él llama la aristocracia nórdica? Abusa del tono pesimista hasta el punto de tratar de justificarse. Según su concepto apocalíptico de las épocas de decadencia, largos períodos de la Historia habrían de quedar sepultados y definitivamente perdidos. Así, para él, la cultura apolínea comienza a decaer con el poder personal de César. Esto es situar un imperio entero como degeneración de una cultura. Nuestra época es paralela, según él, a estos primeros

tiempos de cesarismo romano. Los bárbaros, entonces rubios, son hoy, según «Años decisivos», amarillos o negros. El puro ángulo facial está perdiendo terreno. El positivismo darwiniano de la «struggle for life» asoma bien cubierto con la brillantez de la imaginación. Y es que en el fondo su trama de la Historia revela, al lado de una tendencia naturalista, mejor aún, biológica, un fuerte sentido místico, un aspecto casi religioso de fe y primitivismo. Acepta de Vico la ley histórica de los «corsi e ricorsi», pero habla con una brillantez nietzscheana del cumplimiento del «sino» de los pueblos. Su teoría del sentido hondamente diferencial de cada cultura es exagerada, pero indudablemente exacta. Nadie como él ha hecho una síntesis tan acertada de los rasgos esenciales de las llamadas culturas, cuya exposición culmina en la maravillosa del occidentalismo fáustico.

Por otro lado, su concepto específico de la Historia en una época en que se habla de Historia de hechos, de individualidades o de masas, es sencillamente magistral. Es Historia totalitaria, Historia del producirse múltiple, que Spengler condena en paradójicas relaciones, en imágenes atrevidas, en vastos pensamientos y en afirmaciones rotundas. El cultivo de lo irracional como elemento actuante parece más bien en Spengler una prevención de defensa contra la falta de lógica de sus afirmaciones. Su teoría del conocimiento acaba en primer lugar con su propia filosofía. El relativismo toma en él caracteres tan agudos, que cae en un escepticismo total. En definitiva, toda la filosofía spengleriana no es sino el drama de una serie de afirmaciones que se destruyen por sí mismas.—**JUAN BERNIER LUQUE.**

**MUSEO ROMERO DE TORRES.**—Se han inaugurado recientemente, en Córdoba, con asistencia del Director General de Instrucción Pública, D. Emilio Baeza Medina, el Gobernador de la ciudad D. Antonio Rodríguez de León, el Alcalde D. Manuel Sánchez Badajoz y otras personalidades, varias salas nuevas de este Museo gracias a la inteligente diligencia de D. Enrique Romero de Torres.

**LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.**—En el local del Instituto de Segunda Enseñanza acaba de inaugurarse esta Exposición, casi exclusivamente de pinturas. Ojeada a grandes rasgos (no hay catálogo), nos salta a la vista un óleo de José María Labrador, de corte académico. No hay nada actual, o casi nada.

**ESPECTACULOS.**—Recordamos aquí ligeramente el escaso valor artístico de la invernal temporada cinematográfica. Exceptuamos de entre los films casi nulos y sostenidos a base de una exhibición dominical lamentable, las películas siguientes: «Santa Juana de Arco», «Vivamos de nuevo», «Mazurka» y «Tiempos modernos», y entre las protagonistas a Ana Stein e Ingerborg Keek. La temporada teatral de carnaval, según costumbre, aparecieron en los escenarios sensibleras comedias y compañías.

El arte taurino, que como arte de masas merece consideraciones nuevas, sigue vivo a pesar de la infraliteratura de reseñas.

**ACTIVIDADES.**—Se organiza la cuarta Hora Literaria, con la cooperación del poeta Pedro Pérez Clotet, que vendrá a honrarnos con una lectura de poemas suyos.—Colaboramos en el Segundo Concurso Infantil de Recitación Poética (1936), convocada por la Normal de Córdoba. Efectuada la «Prueba de Recitado», el domingo 7 de junio próximo piensa celebrarse, en el Círculo de la Amistad, la fiesta en honor de los pequeños seleccionados.—También existe el propósito de celebrar una Exposición de Revistas de la Nueva Literatura.—Por iniciativa de D. Rafael Castejón, el Grupo se propone celebrar el Centenario de Medina-Azahara con una jira muy sabrosa.

## SUMARIO

- Juan Ramón Jiménez.*—Y alerta  
*Emilio Prados.*—La voz cautiva  
*Manuel Díez Crespo.*—Ritmo de esperanza  
*Pedro Pérez Clotet.*—Toro  
*Juan Ugart.*—Desnudo. La arena la muerte  
*José Caballero.*—Dibujo  
*Enrique Azcoaga.*—Serenos llanto  
*Juan Ruiz Peña.*—«De niebla y luz...»  
*Federico Muelas.*—Cancioncilla con demasiada timidez  
*Rogelio Buendía.*—Estrellario  
*Rafael Manzano.*—Soledad delgada  
*Gonzalo Sánchez Vázquez.*—Desnudo despojo  
*José Luis Sánchez-Trincado.*—Pasión del arte nuevo  
*Adolfo García.*—Poema  
*M<sup>a</sup> Luisa Muñoz de Buendía.*—Ay, soledad, campanillita blanca...  
*José M. Camacho Padilla.*—Décimas Rubias  
*Luis F. Pérez Infante.*—Otoño  
*Luis Serrano.*—Alba. Música. (Pliego suelto.)  
*Pablo Sebastián.*—Óleo. (Lámina suelta.)  
*Antonio Ortiz Villatoro.*—Poema  
*R. Olivares Figueroa.*—Corral  
*Iván de Tarfe.*—Paisaje  
*Eleazar Huertas.*—La madre  
*NOTAS.*—Ardor, *Augusto Moya de Mena.*—Fastus cordubensis,  
*Manuel Mozas Mesa.*—Spengler, *Juan Bernier Luque.*  
Museo Romero de Torres.—La Exposición de Bellas Artes.  
Espectáculos.—Actividades

N.º 1